

# El suceso menos pensado

Juan Camilo Velasco Sosa  
Universidad Nacional Abierta y a Distancia (UNAD), Colombia



<https://youtube.com/playlist?list=PLpyohyo-N5S UHCX4c8fctlgFy3lpgcwOr&si=U6KkxrJmevZWu6OB>

Para citar este artículo:  
Velasco, C. (2023). El suceso menos pensado  
Revista Espacio Sociológico,  
(5), 148-156.

Y el día menos pensado en el futuro, la ciudad aparentemente era una idea viable y sostenible. Un organismo aislado y autónomo del mundo que había olvidado hace mucho tiempo ya las revoluciones rurales y los éxodos que la hicieron posible un día en la antigüedad. La ciudad no necesitaba otra realidad que le recordara su trágico pasado. Así que, por miedo o la tenue esperanza de una seguridad, se encerró a sí misma con gigantes muros de cemento que solo permitían divisar unos incoloros y deprimentes edificios grises en el paisaje. En su ignorancia y arrogancia, la ciudad condenó a cientos de personas a vivir a sus afueras. Se convirtieron en prisioneros de un destino ineludible e incierto sobre la fecha de sentencia por parte de un gigante hecho de acero, cables y cemento que parecía dormir, pero que, en el momento menos esperado, se levantaría a arrebatarse las migajas de territorio que les dejó.

En la lejanía, entre las montañas, don Héctor veía la ciudad como una gran mancha sin forma definida. Un desconocido territorio con un patrón de infinitas luces de todos los colores. Le daba la impresión de que esa vista lo acechaba y que, si pasaba demasiado tiempo observándola, le asfixiaría. Como si él y su territorio fueran una presa constantemente acechada. Atravesaba la rocosa oscuridad de la montaña en una antigua y destartada

camioneta que solo Dios y su compadre don Rafael, quien le acompañaba, sabían cómo seguía funcionando.

En su trayecto, entre el ruido de la vieja camioneta y el zarandeo del camino pedregoso, un ruido blanco se entremezclaba con las transmisiones radiales de la ciudad. Era la única señal radial de la región que se podía captar de manera ilegal, un noticiero que rara vez podían sintonizar y, aun así, en una muy mala calidad, se hablaba de la expansión de la ciudad hacia las montañas y de la necesidad de hacerlo para garantizar el futuro de esta.

— ¿Y cómo porque irán a hacer eso? ¿Qué le parece eso, compadre? — exclamó don Héctor visiblemente enojado y manoteando—.

— ¿Sabrán esos tipos de allá que uno existe, compadre? — respondió don Rafael, con la vista en el camino—.

— ¡hum!, sepa Dios, compadre. Mejor apagué ese aparato — respondió indignado don Héctor—.

— Deberíamos pensar en hacer algo, compa, eso se nos puede venir encima — dijo don Rafael, girando su cabeza hacia su compañero de viaje—.

— ¿Y hacer qué compadre? Lo único que usted y yo tenemos es el terruño que medio arreglamos, igual que todo el mundo por aquí.

— Pues sí, eso no se lo voy a negar. Esto lo hemos construido con las uñas. Aquí nacimos, sembramos y esperamos morir.

— Por eso mismo, y si llegan hasta aquí, no queda de otra que luchar o irnos más pa'riba. Eso ya nos pasó y si pudimos una vez con menos, ¿cómo no vamos a poder de nuevo? — dijo encogiendo los brazos, pero en un tono inseguro y titubeante—.

— Ahí, si no sé, compadre. Y si luego de eso la ciudad sigue creciendo, ¿Antón, pa'onde nos vamos? No quiero dejar mi pedazo de tierra.

El silencio se apoderó del vehículo, la radio continuaba encendida y don Héctor volvió su vista a la ciudad, que le parecía cada vez más amorfa e intimidante.

— *Esto será beneficioso para todos, señores* — dijo una voz de la radio, que denotaba una gran confianza—. — *Esta expansión de la ciudad traerá prosperidad a la región.*

Don Héctor apagó la radio pensando en que pronto, buena o mala, tendrían que tomar una decisión.

El carro se detuvo en la oscuridad. Los compadres se despidieron y acordaron ir la próxima semana a aserrar un bosque. Esa madera la trocarían por unas lámparas y otros objetos electrónicos que eran realmente escasos y valiosos para subsistir. Luego del encierro de la ciudad, estos se convirtieron en un verdadero tesoro. Tenían un gran costo, pero valían totalmente la pena para su subsistencia, al margen de todo, entre las montañas.

A la mañana siguiente, doña Helena se encontraba junto a la ventana, tomando su primer tinto del día, hecho en su estufa de leña, mirando el frío paisaje. Cuando se percató de la llegada de su esposo luego de la primera jornada del día, lo miró y con la boca le indicó el pocillo a su lado sobre una vieja y rústica mesa.

— Parece que comenzó el tiempo de San Pedro, mijo — dijo ella—.

— Este tiempo es bueno pa' los miembros — replicó don Héctor mientras se llevaba el pocillo a la boca—.

— Mijo, ¿usted escuchó anoche lo que dijeron en la radio? — le preguntó doña Helena con una cara de preocupación —. ¿Qué dizque van a traer la ciudad hasta aquí?

— Eso dicen mija, pero vaya uno a saberlo, ¿Cuánto tiempo ya hemos vivido por aquí? ¿Cómo, por qué o pa'que van a hacer eso de un día para otro? — Le respondió para tranquilizar a su esposa—.

Ella solo siguió mirando hacia la ventana, sorbiendo su tinto. Su esposo, que la conocía tan bien como a aquellas montañas, le dijo:

— Mija, no se preocupe por eso. No seremos muchos, pero habrá gentes por estos lares, no nos podrán sacar a todos.

— Mijo hay que convencer a todos para hacer una junta. Si entre todos hablamos, tal vez algo se pueda hacer.

— Está bien, mija, pa'la semana entrante. Esta semana voy a pastear, ordeñar y llevar la leche a la procesadora. Y quedé en aserrar con el compadre.

Una semana después, al caer la noche, doña Helena llegó a una antigua iglesia que servía como lugar ocasional de juntas y de festividades; un pequeño paraje que había sobrevivido a la exclusión.

Tan raro fue ese momento en sus vidas, que el fenómeno no tuvo un nombre o una real motivación para ellos. Simplemente, un día la ciudad se encerró y nunca más supieron de ella. Para los más veteranos era inaudito pensar como acallaron un sitio siempre tan ruidoso, tan frenético, que exigía tanto de ellos para tan poco beneficio y que, aun así, a todos esos espacios de relaciones desiguales, guetos y memorias con lagunas tristes e incompletas que alguna vez llamaron de forma directa o indirecta hogar ya no estaban más allí.

Doña Helena saludó amablemente a todas las comadres —nadie aquí era lo suficientemente desconocido como para llamársele por su nombre— y se unió rápidamente a la conversación.

— ¡Oí que en la ciudad nadie trabaja, dizque es un delito! — exclamó de forma entusiasmada una de las señoras del lugar—.

— ¿Entonces qué se la pasan haciendo? – dijo otra—.

— ¿Quién sabe? – respondió encogiendo los hombros la dueña de tan paradójico comentario—.

Doña Helena creía que todos eran rumores inciertos, producto del chismorreo popular. Cuando la ciudad se cerró, apenas era una niña. Y hasta donde recuerda, los ciudadanos seguían trabajando de formas raras e incompresibles para ella. Recordaba a su padre decir "trabajo es trabajo" y pensó para sí misma:

- Si no trabajamos, ¿entonces qué carajos hacemos? —todo cuanto tenía era su marido, su terreno y el trabajo que le implicaban sus animales y sus cultivos—.
- Dicen que es un lugar perfecto, nunca falta nada —se oyó por ahí—
- Lo único imperfecto allá seríamos nosotras – respondió una comadre en tono burlesco—.

Unas rieron, otras se ofendieron. Hasta que doña Inés, una mujer respetada por todos los excluidos, que hacía las veces de líder improvisada y de la que nadie dudaba de su juicio ni de su amor por ese territorio, ingresó al recinto. Todos, hombres, mujeres y niños del lugar, se aproximaron a ella para saludarla y asistirle. Sin embargo, en su orgullo no se dejaba asistir por nadie. Sin duda tenía algo que decir, – ansiosos y esperanzados— hicieron silencio mientras doña Inés, paso a paso, se acercaba al atril.

- Algo está pasando allá —dijo la lideresa de forma calmada mientras señalaba con su mano en dirección a la ciudad.

Su proclama fue tan errática que un gran murmullo se formó entre los asistentes. Y los rumores iniciaron: ¿Qué habrá pasado por esos lares? ¿Cómo son ellos ahora? ¿Hablarán como nosotros? ¿Saben de nuestra existencia? Una ráfaga de preguntas que, aunque importantes, su respuesta era inútil en ese momento.

Así duraron algunos minutos, doña Inés, muy estoica, esperó a que todos recordaran que ella tenía algo que decir. Aclaró su garganta y continuó:

— Lo poco que sabemos por las transmisiones radiales es que la ciudad está teniendo problemas de sobrepoblación y recursos. Después de todo, la ciudad siempre necesitó del campo y de sus recursos. Al fin y al cabo, el campo y la ciudad son un solo territorio.

Y continuó:

— Les sonará ridículo, pero anoche en la última transmisión radial mencionaron la construcción de un centro de lanzamiento espacial que, por supuesto, no se hará dentro de la ciudad. La crisis de recursos y sus leyes de una ciudad cerrada les están jugando en contra. Intentarán llegar al espacio, colonizar otros planetas y seguir expandiéndose. Tendrán una sola oportunidad para hacerlo, se jugarán él todo o nada.

Don Rafael, que hacía poco llegaba, se puso de pie y le preguntó a doña Inés:

— ¿Ellos están seguros de lo que están haciendo?

Todos lo miraron, aún más don Héctor, que después de tan larga amistad intuyó lo que su compadre más compadre quiso decir.

— Van a experimentar – contestó doña Inés mientras expulsó un suspiro de molestia.

— Sieso no les sale bien, se expandirán, en otras palabras, nos desplazarán – dijo fríamente que frente a la preocupada cara de todos—.

— ¡Virgen santísima, doña Inés! —dijo una comadre.

— ¿Entonces tenemos que ir?

— No precisamente. Tal vez si cooperamos la ciudad, nos podremos integrar a la ciudad.

La multitud no daba crédito a las palabras de aquella mujer en el atril, todos tenían una vela en este entierro; los comentarios, gritos y hasta las lágrimas no tardaron en aparecer.

Pero realmente, ¿qué más podían hacer?

— Lo único bueno es que tenemos tiempo – dijo doña Inés con el afán de calmar un poco tan inusual reacción—.

— Cinco años —continuó— cinco años se demorará la construcción. En ese tiempo puede pasar cualquier cosa.

Don Rafael se levantó y dijo:

— ¿Y si todos nos fuéramos pa'la ciudad?

Hubo un silencio casi santo en la sala. Todos allí entendían bastante bien estas palabras, pero no las comprendían del todo. El silencio se convirtió en desesperanza, hasta que por primera vez en toda la junta don Héctor se pronunció:

— Entiendo compadre, pero fíjese que no sabemos qué hay allá. Nadie nos garantiza nada, ni siquiera sabemos si saben de nuestra existencia. Y si acaso lo saben, solo somos ocupantes de las montañas. No sé si haya real diferencia entre los insectos y nosotros ante sus ojos. ¿Quién nos asegura que allá no nos volverán a excluir, pero en cualquiera de esos edificios gigantes que se ven por ahí o en un rincón de la ciudad? Creo que separarnos no sería lo mejor, lo mejor sería esperar todos juntos.

— Pero ¿y si algo falla? – preguntó don Rafael mirando fijamente a su compadre -.

— ¡Pues nos vamos! – contestó en tono seguro, aunque esas jamás fueran las palabras que quiso haber pronunciado.

Todos sabían la verdad en aquellas palabras. Tenían poco, pero era mejor a la incertidumbre de una ciudad que los podía rechazar, hostigar o nuevamente excluir y quién sabe si peor. Trasladar lo poco que habían transformado de aquellas montañas no era cuestión de un par de años. Tal vez les llevaría décadas enteras y el planeamiento no era algo que a ellos les gustara. Así, con la esperanza de no perder su tierra, se quedaron en las montañas, con la incertidumbre de saber si se tendrían que mover en un éxodo masivo como nómadas de su propio hogar.

Inevitablemente, el tiempo pasó. Los excluidos siempre tuvieron la ilusión de acercarse más a la vida de la ciudad, aunque fuera un poco. Jamás fue así. Por el contrario, nuevos muros recubrieron nuevos puntos del paisaje. Entre la ciudad y las montañas. En los primeros días, los habitantes de este singular espacio vieron cómo se levantaban los muros con extrañas e impresionantes máquinas y el optimismo se hizo visible entre los habitantes de las montañas. Si ellos podían crear tales máquinas, que hacían grandes muros y con semejante capacidad, conquistar el espacio podría ser solo un paso en el gran avance y paradójicamente la salvación de su territorio.

Su vida continuó en una rara cotidianidad. La gente no dejó de trabajar, lo único seguro para ellos era que el hambre volvería y era esa cotidianidad la que les ayudaba a sobrellevar tan extravagante situación. Don Héctor, ya con sus años en los ojos, veía cómo su comunidad crecía poco a poco, pero estaba impaciente. Habló un sinnúmero de veces con todos sus compadres y comadres acerca de cómo aquellas naves les podrían un futuro mejor.

Y el día menos pensado, se noticiaron de la fecha de lanzamiento por la radio, El momento había llegado y todos se encontraban muy expectantes, se reunieron en la ladera de una montaña, lo suficientemente cerca como para observar con lujo de detalles aquel acontecimiento, aunque solo vieran la imponente muralla que los separaba de la salvación de su territorio. En alta voz se oían todos los procedimientos. Hasta que finalmente se oyó: 10, 9, 8, 7... Y una gran nube de humo apareció entre aquellos muros elevándose. Un estruendoso grupo de aplausos se oyó desde los muros y en un instante vieron la nave. La cosa más surrealista que seguramente verían en toda su vida. La nave iba en su órbita ascendiendo. Y todos en la ladera de la montaña



se llenaron de ilusión: Tal vez ellos podrían hacer otra ciudad como aquella con las mismas hazañas y llegar algún día al espacio, no depender directa o indirectamente de la ciudad. Un territorio que les diera real identidad.

Pasados un minuto con quince segundos del despegue, una impactante bola de fuego en el cielo dejó helados a ciudadanos y excluidos por igual. El gran sonido de la explosión retumbó todo el territorio y nadie quería creerlo. La nave no pudo cumplir su cometido. Las esperanzas de todos se consumieron en aquellas llamas en el cielo. Don Héctor, con una cara de incredulidad y genuino terror, bajó la cabeza para ver que todos los rostros reflejaban su misma incertidumbre, asombro y pavor. Entre esas caras encontró la de don Rafael, que miraba hacia el cielo sin inmutarse, paralizado y perplejo. La de doña Inés, que seguía como toda una estoica, aceptando con resignación lo que el cielo decía. La de los niños sorprendidos e inocentes. Las de las comadres angustiadas que rápidamente acercaron a sus hijos, apretándolos firmemente contra ellas. Finalmente, encontró el rostro que deseaba ver: El de su esposa, que entre lágrimas negaba con la cabeza, tapándose la cara con sus callosas manos. Luego de toda una vida de trabajo, de sacrificio constante, aquel momento parecía el final. Ella apartó sus manos, levantó su mirada y se encontró con los ojos de su esposo. Se miraron fijamente, sabiendo lo que aquello significaba.